

## CAPÍTULO I

*Erika era tierna y bella. Su corazón no tenía límites, y su capacidad para amar no sabía de fronteras; era absoluta y necesariamente importante para permanecer dentro de mí. Y la perdí...*

Volví a casa sabiendo que Erika no estaría, que nunca volvería a ocupar el otro lado de la cama, que su olor se iría disipando poco a poco, que su voz se dejaría de oír y que sus pasos acabarían por perderse en el olvido. Tumbado en aquel sillón, pensaba en aquel aciago día en que me engañó, me humilló y dejó mi corazón totalmente herido y sin ganas de seguir latiendo. Así pasaba los días, escondiéndome hasta de mí mismo.

Era una herida que dolía mucho. Ahora me arrepentía de los celos que había tenido. Me lamentaba enormemente por no perdonarla aquella noche, y me reprochaba insistentemente no haberla agarrado por la cintura, detenerla, y decirle que era lo más importante de mi existencia; que no me importaba nada de lo que

hubiera pasado en aquel hotel con aquel hombre. Pero ya era tarde, muy tarde, y había huido de ella, perdiendo todo lo que me permitía agarrarme con fuerza a la miserable vida que llevaba.

Contemplando una vez más su fotografía, aquella que mostraba su espalda desnuda mirando al mar, pasaban las horas agonizantes, volviéndome loco al ver la soledad que me atenazaba.

Admito que todo lo que ocurrió fue culpa de los dos, pero yo no tenía que haber actuado como lo hice. Fui un necio. Pasaba del sillón a tumbarme sobre aquella cama que aún guardaba el calor de su cuerpo junto al mío. Rememoré todos esos instantes de pasión y de dicha que nos hacían ver los amaneceres a través del ventanal que daba al parque del Retiro. Éramos dos en un solo cuerpo. Sencilla y llanamente, éramos dichosos.

Así me sentía noche tras noche. No podía dormir pensando en qué sería de ella, y en lo que iba a ser de mí; sin alicientes en el trabajo, sin ilusiones, sin nadie que me detuviera para no cometer una locura y tirarme por el viaducto de la calle Bailén. Estaba solo, y tenía que salir de aquel agujero como fuera. Eran locuras que con el tiempo pasarían, y solo guardaría un mal sabor de boca de aquellos últimos días al lado de Erika. ¿O no?

Mi mente voló una vez más por sus recuerdos y por esa experiencia en aquel lujoso hotel de Andorra,

recordando que fui dichoso durante mucho tiempo. Fueron tiempos de felicidad que no podía borrar de la memoria.

Tal vez mi vida no había tenido nada que destacar. Me había tocado vivir en una época de crisis, en la que el trabajo escaseaba; y si encontraba alguno, era con un salario miserable y con unas condiciones laborables aún más miserables, muy parecidas a las de mediados del siglo xx. España había retrocedido medio siglo, y con ella todos los derechos de los trabajadores; el mal llamado «Estado de bienestar» se hundía poco a poco. El electorado había perdido la confianza en la clase política, cansado de tanta mentira y corrupción. Los bancos seguían atesorando riquezas a nuestra costa. El país era un desastre y mi vida también.

Yo no era una persona a la que le agradara destacar; menos aún, pisotear los derechos de mis compañeros. Nunca fui un adalid en la lucha de clases, pero si veía alguna injusticia, mi conciencia me hacía saltar como un resorte y ponerme al lado del oprimido. Por eso estaba donde estaba en aquel momento, en la fila del paro, esperando a que alguien me diera una nueva oportunidad para seguir trabajando, incluso pensando en dejar España e irme a otro país en el que pudiera encontrar un empleo digno y decentemente remunerado. Estudié lo básico para salir adelante, estuve realizando

algunos trabajos temporales, y al final, me resigné a agarrarme a cualquier cosa que saliera.

También me apasionaba escribir, pero cierto pudor me impedía publicar nada; todo lo guardaba en un cajón. Ese lugar en donde todos metemos parte de nuestro corazón, y en donde se depositan todas esas ilusiones y proyectos que tantas veces se quedan anclados en el fondo y nunca ven la luz por ello.

Mis pensamientos jugaban en mi mente como canicas que, chocando unas contra otras, intentaban hacer carambola sin lograrlo.

Ese día tenía que ir a la oficina de desempleo a sellar los papeles. Mientras caminaba hacia mi destino observé el cartel de la esquina: Calle de Dolores Barranco. Me fijé detenidamente en las tiendas de aquella calle, en las personas que circulaban por ella. Antes era un barrio obrero de la zona sur de Madrid y un poco marginal, pero con muy buena gente; sin embargo, ahora la comunidad china había ocupado todas las antiguas tiendas, y solamente se veían carteles en ese idioma que me resultaba tan raro. Hasta los bares de toda la vida estaban regentados por la comunidad oriental, que se había convertido en mayoritaria. No es que a mí me cayeran mal, la verdad es que envidiaba su esfuerzo, su tesón y su trabajo; ellos tenían que luchar para salir adelante, pero nosotros también, y eso hacía que chocaran nuestros intereses internos. Era el

*Chinatown* madrileño del barrio de Usera, y muy parecido al de muchas ciudades. Estaba seguro de que con respeto, las dos culturas podrían convivir sin ningún problema.

Continué mi camino subiendo por la calle Amor Hermoso. Sonreí cuando me di cuenta de que, distraído en mis pensamientos, me había desviado de mi ruta hacia la oficina de empleo de la calle San Antonio de Padua, pero había merecido la pena dar aquel rodeo y así haberme dado cuenta de lo que había cambiado el barrio y de su nueva cultura oriental.

En los bajos del número dieciséis de un edificio típico de la zona se encontraba la oficina de empleo. Una larga fila llena de extranjeros y algún que otro español, se apropiaba de la estrecha acera, me coloqué al final. Pregunté al que ocupaba el último lugar si aquel era el sitio correcto y me respondió afirmativamente; así que esperé pacientemente mientras observaba a mis compañeros, que aguardaban estoicamente a que abrieran las puertas de aquel dichoso organismo.

Más de hora y media de espera me llevó ante una mesa ocupada por un señor de pelo cano que, muy amablemente, me informó de todo el proceso a seguir. Rellené unos impresos, se los entregué, los estudió, y me dijo que me llamarían. Le di amablemente las gracias tendiéndole mi mano para despedirme. Se quedó perplejo; se levantó de la mesa y me devolvió el

saludo con un fuerte apretón de mano, expresándome su agrado por la educación que había mostrado con mi gesto, algo poco o nada habitual en su trabajo, según su comentario.

—Estoy seguro de que usted triunfará en la vida, joven, claro que sí —me dijo, mientras seguía estrechando mi mano con fuerza, transmitiéndome seguridad y confianza.

—Ojalá tenga usted razón, señor —le contesté con agradecimiento.

—¡Suerte, muchacho!

Salí de aquel lugar mucho más positivo, pensando en la conversación. Con aquel hombre volví a recordar lo que mi padre y mi madre me habían enseñado y siempre me habían inculcado: que la educación y los modales tienen que ser lo primero, y que no importa con quién estuviese tratando, ni su condición social, ni laboral, ni el lugar donde me encontrase, para tratar a las personas con respeto, teniendo en cuenta estos preceptos respetando siempre la cortesía.

Salí de la oficina de empleo y me dirigí hacia mi casa. Había sido una mañana para enmarcar: visita cultural por *Chinatown*, entrevista de negocios en la oficina de desempleo e intercambio de buenos modales. Esto hubiese merecido una cervecita para celebrarlo, pero la verdad es que estaba muy deprimido; deseché la idea de tomar el aperitivo, solo tenía cien euros para terminar el

mes. No pensaba en otra cosa más que en llegar a casa, tumbarme en el sillón y dormir, a ver si al despertar había desaparecido este mal sueño. ¡Quería trabajar!

• • •

No había nada trascendental en mi vida, lo único importante en esos días para mí, fue conocer a Erika. Mi pequeña y dulce Erika.

La conocí por casualidad una mañana como otra cualquiera: mientras caminaba por la calle sin rumbo fijo, de pronto se derrumbó el cielo y comenzó a caer una tormenta de verano, de esas que te calan sin darte cuenta. Rápidamente me refugié en un portal. Allí estaba ella, empapada, y con una cara de pajarillo asustado que me hizo estremecer cuando la vi. Llevaba un pantalón vaquero y una camiseta blanca de manga corta. Le ofrecí mi jersey galantemente. Me miró con extrañeza, como queriendo decirme con la mirada que no era necesario lo que estaba haciendo, que era una actitud machista, que no necesitaba mis atenciones porque ella se podía valer por sí misma. No dijo nada, solamente clavó su mirada en mis ojos y apartó la prenda de su lado, dándome la espalda sin ninguna contemplación. Me ofendió su forma de hacerlo.

—Siento mucho haberte molestado. No suelo incordiar a la gente y menos aún, quitarme el jersey y dárselo a

una desconocida; pero he visto cómo temblabas y por eso te lo he ofrecido —le increpé bastante contrariado.

Ni se dio la vuelta, ni contestó. Salí del portal corriendo, aunque seguía lloviendo. No aguantaba más a esa niña tonta y desagradecida; prefería mojarme que permanecer un segundo más a su lado. Nada más poner un pie fuera resbalé, aterrizando con mis posaderas en un gran charco, mientras el dichoso jersey volaba por los aires hasta dar con el rostro de mi simpática y agradable amiga. Dolorido por el golpe y por el ridículo, la vi intentando quitarse el jersey de encima, con una cara de mala leche que acongojaba. Una vez que consiguió apartarlo, intentó decirme otro improperio más; pero sin venir a cuento, comenzó a reírse estrepitosamente.

—Toma tu precioso jersey —me dijo como pudo entre carcajada y carcajada.

—No veo la gracia por ningún lado.

—Disculpa por lo de antes, pero es que hay hombres muy pesados. Te lo digo de corazón. Lo siento, de verdad que lo siento, no soy así de desagradable. Perdona, acepta mis disculpas. Espero que no te hayas hecho nada. ¿Estás bien? De verdad que no ha sido mi intención molestarte. He sido una grosera y una desagradecida. Perdón.

—Al menos ahora aceptarás el jersey de las narices, nunca mejor dicho.



Esperé su contestación mientras mis ojos se posaban en los suyos, quedándome prendado de aquel color marrón oscuro que me hechizó.

Accedió de buena gana, se puso el suéter y comenzamos una amena y distendida conversación en aquel portal.

—Un masaje no me vendría nada mal —le dije para romper el hielo.

—Para ser la primera vez que hablamos no creo que sea muy propio, ¿no te parece?

—Lo siento, lo dejaremos para la próxima cita.

—¿Cita? —exclamó ella con mucha ironía.

—Mejor será cambiar de conversación y seguir con el dolor de mis posaderas.

—Creo que sí, es mucho más acertado.

—A lo que no podrás negarte, es a invitarme al menos a un café después de lo bien que te lo has pasado conmigo —bromeé, esperando impacientemente una afirmación.

—Será mejor que tomemos ese café, si no, no pararás de darme la lata.

—Parece mentira que con tan poco rato que hace que nos conocemos, me entiendas tan bien.

—Ya no llueve; vamos a tomarnos el dichoso café, que no tengo todo el tiempo del mundo —se puso en marcha buscando una cafetería por la zona.

Al poco rato estábamos en una cafetería cercana contándonos nuestra vida, y riéndonos del episodio que

habíamos pasado y de cómo me dolían las posaderas. Nos tomamos el café e intercambiamos los números de teléfono para quedar otro día. Después de aquel encuentro, volvimos a vernos alguna que otra vez más. Quedamos para ir al cine, para cenar y para conocernos un poco mejor.